

UN ANÁLISIS A 30 AÑOS DE LA DISOLUCIÓN DE LA UNIÓN SOVIÉTICA

JIRI SYKORA *

Resumen

El 25 de diciembre del 2021 pasarán treinta años desde el momento histórico en que la Unión de la Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) dejó de existir. Las pugnas de poder intra-élites gestadas por el modelo institucional soviético condujeron a la desaparición del Estado comunista y a la desintegración del grupo formado por las naciones anexadas a la URSS. Dicho modelo fue la respuesta a los problemas heredados del imperio zarista. El diseño resultante se basó en una ambigüedad entre la definición del Estado ruso y la del Estado soviético y propició el desarrollo de conflictos latentes entre élites centrales y regionales. La liberalización política y las reformas económicas los hicieron estallar hasta confrontar a la URSS con la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR), lo que desembocó en la disolución de ésta.

Introducción

Hasta la ascensión de Gorbachov al poder en 1985, la prensa soviética investigó casos de represión y corrupción desde 1917 y reveló la existencia de abusos en el presente. Los aspectos desagradables de la imagen de Rusia siguieron centrando la atención después de la desaparición de la URSS a finales de 1991. Se destacaban los

* *Docente de Relaciones Internacionales.*

problemas de salud y comportamiento del presidente Yeltsin, las atrocidades militares en ciudades y pueblos chechenos, los problemas de mendicidad en las calles en medio del crudo invierno. El retrato que se ofrecía de Rusia se basaba en un estereotipo antiguo.

Esas historias, aunque eran verídicas, conformaban una imagen incompleta. Rusia, como parte de la URSS, era la columna vertebral de una superpotencia militar. Había tenido una masiva base industrial y produjo algunos de los logros científicos y literarios más destacados del siglo XX. Los rusos desempeñaron un papel prominente entre los pueblos de la Unión Soviética que padecieron los desmanes militares de los nazis en la segunda guerra mundial y contribuyeron a la victoria de los aliados. Rusia es la tierra de Lenin y Stalin, pero también a Andréi Sájarov, Aleksander Solzhenitsin y muchos otros luchadores por la causa de la dignidad humana. De Rusia proceden la poetisa Anna Ajmátova, el diseñador aeronáutico Andréi Túpolev, el portero de fútbol Lev Yashin y el bailarín Rudolf Nureyev (Service, 2005). Además, están los millones de rusos comunes que se las arreglaron para sobrevivir a los horrores de la historia de esa nación desde 1900: la primera guerra mundial, la guerra civil, la hambruna de 1932-1933, el Gran Terror, la segunda guerra mundial, el trauma de la represión posterior a la guerra y el colapso económico de finales de la década de 1980. Pero nadie debe sorprenderse si en un futuro este país empieza a demostrar su enorme potencial.

Así pues ¿Cómo puede modificarse esa imagen convencional? Lo más importante es poner en cuestión los supuestos que la alimentan. La mayoría de los estudios parten de la premisa de que Rusia en 1992, después del final de la URSS, estaba volviendo al camino de desarrollo natural del que la había apartado la Revolución de octubre de 1917 conducida por Lenin. Se describía el periodo soviético como una ruptura artificial. El final del comunismo también se veía como un acontecimiento que liberaba totalmente a Rusia de los enredos del imperio. Por lo visto, Rusia se aprestaba a reasumir sus antiguas fronteras y su pueblo podía recuperar plácidamente los aspectos positivos del carácter y las tradiciones que habían prevalecido antes de 1917. La desaparición de la Unión Soviética fue recibida con incondicional alborozo en el extranjero y se suponía que casi todos los ciudadanos de Rusia compartían esa actitud en aquel momento. La impresión dominante era que a los rusos se les había concedido la oportunidad de moverse hacia el final de la historia: Al menos podrían abrazar sin mayores contratiempos la democracia y el libre mercado.

En 1991-1992 prácticamente todos los analistas extranjeros, a diferencia de muchos comentaristas rusos, pecaron de optimistas. Cuando Gorbachov perdió el poder en diciembre de 1991, esa circunstancia pareció tan inevitable como deseable (Plokhly, 2015). Había cumplido una tarea monumental al democratizar Rusia y se había convertido en una de las

grandes figuras políticas del siglo XX, pero su tratamiento de la economía fue catastrófico y había pocas esperanzas de que pudiera alterar su curso con éxito. Su política había llegado a un punto muerto (Taibo, 1994). La desintegración de la URSS y la toma del poder por parte de Yeltsin parecían preferibles. Era obvio que Yeltsin tendría que enfrentarse con dificultades. Uno de los problemas era que Rusia, aun después de que las otras repúblicas soviéticas rompieran con Moscú, no podía ser un Estado-nación exclusivamente ruso. Otros pueblos vivían en sus territorios (Service, 2017). Un problema adicional era que los funcionarios de la URSS, bien organizados, no podrían ser desalojados fácilmente de sus puestos de influencia. También era evidente que Yeltsin tenía sus defectos y estaba menos comprometido con los procedimientos democráticos de lo que sus declaraciones dejaban traslucir.

Suele afirmarse que los asuntos internos de Rusia son la clave que explica el resultado. Pero también se ha señalado que el entorno internacional de seguridad, economía y diplomacia tuvo un gran impacto y los cambios en las relaciones de Rusia después de los atentados terroristas de septiembre de 2001 en Nueva York fueron sustanciales. Para algunos, Occidente ha sido demasiado complaciente con el Kremlin, mientras, para otros, Rusia ha recibido un trato mezquino; pero todos están de acuerdo en la importancia de factores externos. Por lo general, se ha sugerido que el establecimiento de un sistema político y económico razonablemente limpio es, en todo caso, la excepción y no la regla, además de no estar escrito en el orden natural de las cosas. La mayoría de la población mundial vive en condiciones precarias.

Seguirá discutiéndose qué factores fueron los más importantes; también habrá desacuerdos a la hora de considerar si ciertos factores fueron de alguna relevancia. En el caso de Rusia, todos los elementos que se mencionaron tuvieron un impacto. Algunos trabajos valiosos, específicos sobre Rusia lo confirman (Matos Franco, 2017). Son más abundantes los estudios sobre política y economía que los que se ocupan de sociedad, ideología y cultura (Taibo, 1994; Pacheco Méndez, 2011). Dentro del campo político, prevaleció la tradicional concentración de personalidades y acontecimientos en el Kremlin, y está empezando a investigarse en detalle el fundamental nexo institucional. Lo mismo puede decirse de la economía, donde las decisiones sobre los aspectos capitales y la valoración de sus resultados dominó la discusión. Los fenómenos políticos y económicos locales no han sido pasados por alto y, por fortuna, los trabajos sobre la sociedad, la ideología y la cultura cada vez son más abundantes. Además de Moscú, se está prestando atención a otras localidades. Pero aún queda mucho por hacer. Y, aunque en principio se reconoce el significado del contexto histórico, aún no ha merecido un examen detallado. Es momento de echar una ojeada a la experiencia general de Rusia desde la caída del comunismo.

Rusia, entre el pesimismo de la historia y el optimismo de la vida

Dos líneas argumentales convergen en este artículo dedicado a la última y agitada década del pasado siglo en Rusia. La primera se centra en los experimentos visionarios que las élites dirigentes han perpetrado una y otra vez en el cuerpo de la sociedad. La segunda se fija en esa misma sociedad atomizada, que aplica hoy su energía y su talento a la subsistencia y a la vida privada y familiar y no a la política.

Bajo la presidencia de Vladimir Putin, Rusia parece hoy retroceder en el tiempo y perder las conquistas democráticas impulsadas por la *perestroika* de Mijaíl Gorbachov. Sobre este telón de fondo, la lectura de este texto induce a pensar que Rusia solo podrá romper de forma eficaz el círculo vicioso que la deja rezagada de la modernidad, cuando esa energía y vitalidad dispersas se concentren en un proyecto político surgido de las verdaderas necesidades de la sociedad, es decir, construido de forma diferente a lo que ha sido la norma hasta ahora. Los rusos y las rusas que hoy centran su talento en sus propias vidas no se perciben a sí mismos todavía como ciudadanos responsables de su propio destino con todas sus consecuencias. Quizá una de las exposiciones más logradas es la enseñanza de la Historia, sobre la que se han reflejado los proyectos políticos impuestos desde arriba. Si la idea básica de Gorbachov era la *evolución*, la de Yeltsin era la *ruptura* y la de Putin es la *continuidad*. De aquí, que, con este último, se recuperaron los símbolos y el himno del Estado soviético y la educación patriótica escolar.

El artículo nos lleva a reflexionar sobre las diferencias entre las transformaciones iniciadas en época de Gorbachov en la URSS, por una parte y las transiciones a la democracia de los países del Este de Europa, por otra. Era erróneo suponer que Rusia, tras la desintegración de la Unión Soviética en 1991, pudiera incorporarse a Occidente en un corto plazo. Yeltsin y su equipo tenían un proyecto para construir un Estado democrático y pluralista, pero no fueron consecuentes. Se trataba de un proyecto nuevo y no de una vuelta a la Rusia anterior a la Revolución de 1917, que había dejado de existir irremisiblemente. Su fin era liberar a Rusia de los sofocantes corsés que le habían sido impuestos por el imperio zarista primero y por los dirigentes de la URSS después. Para los reformadores de 1991, Rusia era una unidad física tangible (y no un concepto cultural o mítico), concretada en el territorio de la República Socialista Federativa Soviética Rusa (RSFSR), la mayor unidad administrativa de la URSS y en sus fronteras de entonces, que no siempre habían sido las mismas.

El contexto histórico del año 1991

En la época de Gorbachov ya había aumentado notablemente el énfasis en el carácter ruso,

por algunas de las mismas razones que el Estado germano-oriental había comenzado a mostrarse públicamente orgulloso de Federico el Grande y a ensalzar los rasgos propiamente alemanes de la República Democrática. En los años posteriores de las repúblicas populares, el patriotismo resurgió como útil sustituto del socialismo. Esta fue precisamente la razón por la que también fue la forma más fácil e inofensiva de oposición política. En Rusia o en la República Democrática Alemana, al igual que en Hungría, los intelectuales críticos podían sufrir persecución, pero las expresiones de nacionalismo en sordina no siempre eran reprimidas y ni siquiera desalentadas: las autoridades podían canalizarlas para aprovecharse de ellas. Desde esta perspectiva habría que abordar el renacimiento en las publicaciones soviéticas y en los medios de comunicación del «patrioterismo de la Gran Rusia», que, evidentemente, también fue una causa más de inquietud para las minorías nacionales vulnerables (Judt, 2014: 936).

Fue en este contexto en el que se produjo la inesperada aparición de Boris Yeltsin, un típico *aparatchik* (hombre del sistema) de la era Brezhnev que, antes de convertirse en secretario del Comité Central, había sido especialista en construcción industrial y que ascendió paulatinamente por el escalafón del partido, hasta ser sumariamente degradado en 1967 por sobrepasarse en sus críticas a colegas de más peso. En esa coyuntura crucial, Yeltsin –quien tuvo oportunidades de sobra para observar lo bien que se le daban al Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) y a la burocracia estatal impedir cualquier auténtico cambio– tuvo el instinto político de reprogramarse para convertirse en un auténtico político ruso: Primero consiguió un escaño en representación de la Federación Rusa en las elecciones de marzo de 1990 y después fue elegido presidente del Soviet Supremo Ruso, es decir, del Parlamento.

Esta influyente y visible atalaya fue la que utilizó Boris Yeltsin para convertirse en el principal reformista del país, abandonando ostentosamente el Partido Comunista en julio de 1990 y utilizando, por así decirlo, su influencia en el Moscú ruso para apuntar hacia sus antiguos camaradas del otro lado, el Moscú soviético. Ahora, su blanco principal era el propio Gorbachov. Los fracasos del líder reformista se estaban haciendo cada vez más evidentes y penosos y su popularidad estaba cayendo en picada, como Yeltsin no podía dejar de percibir.

Entre tanto, el 12 de junio de 1991, Yeltsin, cuya popularidad superaba desde hacía tiempo la de Gorbachov en los sondeos nacionales, fue elegido presidente de la República Soviética de Rusia y se convirtió así en el primer dirigente de la historia rusa elegido democráticamente. Además, inexplicablemente para los seguidores del «nuevo pensamiento», Gorbachov se negó a presentarse a las elecciones populares a presidente de la Unión Soviética, error

político de magnitud fatal. Mantuvo además a tres partidarios de la línea dura y contrarios a la reforma, Dmitri Yazov, Vladimir Kriuchkov y Oleg Baklanov, al frente del ejército, el KGB y el complejo de la industria militar.

El 18 de agosto de 1991, Gorbachov, su esposa, Raisa y su asesor de política exterior, Anatoli Cherniaev, se encontraban de vacaciones en Crimea cuando la mayoría de sus ministros tomaron el poder en sus manos. Su principal objetivo era evitar la firma de un «tratado de la Unión» entre Gorbachov y los líderes de las quince repúblicas soviéticas, documento que habría convertido la Unión Soviética en una confederación. Lo que sucedió a continuación fue una parodia del golpe de Estado que desalojó del poder a Nikita Jrushchov en 1964. Tanques y soldados inundaron Moscú; los ciudadanos soviéticos no residentes en la capital ni en las grandes ciudades permanecieron agazapados, esperando a ver qué sucedía. Pero la junta golpista, cuyos miembros pertenecían en su totalidad al gobierno de Gorbachov, carecía aparentemente de voluntad de hacer uso de la violencia y de provocar un baño de sangre. Ni siquiera arrestaron a Boris Yeltsin, recién elegido presidente de la Federación Rusa.

En agosto de 1991, Gorbachov había dilapidado la mayor parte del poderío global de la URSS y su propia autoridad política. Su incapacidad crónica de escoger una vía coherente de reforma económica y financiera destruyó las finanzas de la Unión Soviética, contrajo deudas en el extranjero, y situó a un país enorme, dueño de colosales recursos, al borde de la bancarrota. Los dividendos de paz producidos por el desarme y por el fin de la Guerra Fría, no se materializaron. El comercio interior y el sistema de distribución dejaron de funcionar. La Unión Soviética no había vivido nunca una situación semejante, ni siquiera durante la Segunda Guerra Mundial. Fue esta crisis tan grave la que hizo que los movimientos nacionalistas tuvieran tantísimos seguidores, sobre todo en la Federación Rusa. Boris Yeltsin sacó un provecho enorme de ello. La desintegración del poder personal de Gorbachov fue en concomitancia con la desintegración de la autoridad del Estado y la desorganización del ejército y las burocracias, así como el hundimiento de la moral soviética, de la que habían avisado los conservadores más adustos.

En medio de la incertidumbre, Estonia se declaró independiente el 20 de agosto y Letonia siguió el ejemplo al día siguiente. El golpe de Estado abortado había sido el último y definitivo impulso para la secesión. Entre el 24 de agosto y el 21 de septiembre, Ucrania, Bielorrusia, Moldavia, Azerbaiyán, Kirguistán, Uzbekistán, Georgia, Tayikistán y Armenia siguieron el ejemplo de las repúblicas bálticas y se declararon independientes de la Unión Soviética; la mayoría hicieron esa proclamación en medio de la confusión y la incertidumbre de los días posteriores al regreso de Gorbachov (Judt, 2016).

En noviembre, Yeltsin había sometido al control central prácticamente toda la actividad financiera y económica que se desarrollaba dentro del territorio de Rusia. La Unión Soviética era ya una cáscara vacía, carente de poder y de recursos. Cuando Gorbachov propuso un nuevo tratado de constitución de la comunidad económica de Estados independientes, gran parte de las repúblicas secesionistas se negaron simplemente a firmarlo.

Finalmente, el 8 de diciembre, el presidente y los primeros ministros de Rusia, Ucrania y Bielorrusia —los Estados eslavos esenciales del imperio soviético—, reunidos en Belavezha, cerca de Minsk, la capital bielorrusa, asumieron la responsabilidad de denunciar el Tratado de Unión de 1922 y acabaron de hecho con la Unión Soviética (Service, 2017; Matos Franco, 2017). Para sustituirla, proponían la constitución de una Comunidad de Estados Independientes (CEI).

Al enterarse de esto, Gorbachov tachó furiosamente la iniciativa de “ilegal y peligrosa”. Pero las opiniones del presidente de la Unión Soviética ya no preocupaban a nadie: como el mismo Gorbachov estaba comprendiendo por fin, en realidad él no estaba a cargo de nada. Nueve días después, el 17 de diciembre, Gorbachov se reunió con Yeltsin y ambos acordaron (o, más bien, Gorbachov aceptó) que la Unión Soviética debía ser oficialmente suprimida: Sus ministerios, embajadas y ejércitos pasarían a control ruso y jurídicamente, su papel internacional lo heredaría la República Rusa.

Veinticuatro horas más tarde, Gorbachov anunciaba su intención de dimitir como presidente del Soviet. El día de Navidad de 1991 la bandera rusa sustituyó a la enseña soviética en lo alto del Kremlin: Mijaíl Gorbachov cedió sus prerrogativas como comandante en jefe a Yeltsin, presidente de Rusia y abandonó su puesto. A las cuarenta y ocho horas Gorbachov había desalojado su oficina, que ocupó Yeltsin. En la medianoche del 31 de diciembre de 1991 la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas dejó de existir (Service, 2017; Ploky, 2015; Bushkovitch, 2013; Zubok, 2008). “Este régimen, nacido en 1917 y que habrá marcado tanto el siglo, se disuelve” (Zorgbibe, 2005: 675).

La desaparición de la Unión Soviética fue algo realmente notable, sin parangón en la historia contemporánea. No fue una guerra con otro país, ni una revolución sangrienta, ni una catástrofe natural. Un enorme Estado industrial —una superpotencia militar— se limitó a derrumbarse. Su autoridad se agotó, sus instituciones se evaporaron” (Judt, 2016: 942).

Entonces, ¿Por qué fue todo tan aparentemente indoloro? ¿Por qué, después de décadas de violencia interna y de agresiones exteriores, la primera sociedad socialista del mundo

se hundió sin siquiera tratar de defenderse? Evidentemente, una de las razones es que, en realidad, nunca llegó a existir, es decir, que, en palabras del historiador Martin Malia, “el socialismo, como tal, no existe y fue la Unión Soviética la que lo levantó” (Judt, 2016: 942). Pero si esto explica la futilidad de la autoridad comunista en los Estados satélites, amparada únicamente en la sombra del Ejército Rojo, en realidad no basta para explicar lo que le ocurrió a la propia Patria imperial. Aunque la sociedad que el comunismo decía haber construido fuera esencialmente fraudulenta, el Estado leninista, después de todo, era indudablemente real.

Un futuro incierto

La mayoría de las promesas más atrevidas de 1991-1992 se desvanecieron. Siempre fue difícil que pudieran hacerse realidad. El pequeño grupo de reformistas tuvo que confiar demasiado en Yeltsin, quien no estaba tan comprometido con las reformas como parecía en un principio. Su estado de salud y sus actitudes se deterioraron después de alcanzar el cargo supremo y de aparente abanderado de la causa del pueblo, se convirtió en motivo de sonrojo para todos los rusos. Su aparato político se parecía más a una corte medieval —o a una guarida de estafadores— que a la maquinaria de un Estado moderno. La corrupción en el Kremlin, además, tenía su continuación en cualquier institución oficial y en todos los niveles de la jerarquía del gobierno. Los políticos disponían de cientos de oportunidades de hacerse ricos y explotar a los otros. Rusia se convirtió en la vaca lechera de sus dirigentes.

Sin embargo, en el momento de la caída de la URSS, el grupo dirigente encabezado por Yeltsin tenía un conjunto vago, pero bastante coherente de objetivos: Derechos civiles universales, democracia política, economía de mercado, pluralismo ideológico, libertad cultural, tolerancia interétnica y nacionalidad civil. El camino hacia esos objetivos no había sido planeado y eso formaba parte de la dificultad. Pero los reformistas también se enfrentaron con obstáculos que no eran responsabilidad suya. No podían gobernar sin un grado de consenso por parte de los cuadros administrativos del desaparecido Estado soviético. También heredaron una economía arruinada (Gutiérrez del Cid, 2016). “Además, la sociedad rusa no sentía la necesidad de salir a las calles en apoyo de los cambios adoptados por los reformadores” (Zorgbibe, 2005: 674-675). Por desgracia, no había instituciones alternativas con la autoridad suficiente para contrarrestar la situación. El comunismo había socavado la sociedad civil. La consecuencia era que la Iglesia, el Ejército, las Academias, las escuelas y los medios de comunicación apenas ofrecían apoyo a la causa de la reforma; mientras que los nuevos partidos políticos estaban más interesados en polémicas y componendas parlamentarias que en una oposición constructiva al equipo de Yeltsin. En tales circunstancias no era fácil alcanzar un propósito nacional común.

La historia del país hacía las cosas aún más difíciles. Las décadas soviéticas —y los siglos anteriores de dominio imperial— perjudicaban la perspectiva de una mejora básica. Las estructuras administrativas obstaculizaban las reformas, como también el persistente escepticismo que la gente mostraba por sus dirigentes; todo eso planteaba dificultades no sólo para Yeltsin sino también, a pesar de su popularidad inicial, para Putin. Las circunstancias políticas y económicas seguían siendo deprimentes. Los problemas de la vida diaria reforzaban la tendencia de la mayoría de la gente a confiar en los métodos de los que se habían valido en tiempos anteriores. El clientelismo siguió siendo uno de los modos esenciales de organización social. Los métodos informales e ilegales de luchar con la adversidad se fortalecieron.

La masacre terrorista ocurrida en Nueva York en septiembre de 2001 ayudó a restaurar la influencia rusa y su posición en el mundo; pero se produjo en una forma que no contribuyó nada a la mejora de las condiciones políticas, sociales y económicas en Rusia (Matos Franco, 2017).

Así pues, ¿adónde irá el país a partir de ahora? Vamos a concluir con las palabras de Service:

En la novela *Almas muertas* de Nikolái Gógol hay una imagen de un carruaje arrastrado por unos caballos salvajes. Gógol, maestro decimonónico de la fantasmagoría, estaba sugiriendo que la Rusia de los zares, los campesinos, los policías, las damas de sociedad y los sacerdotes era un vehículo que avanzaba por la historia sin un destino conocido. (Service, 2005: 404).

Es una imagen a la que los rusos han recurrido a menudo desde que el orden soviético empezó a resquebrajarse a mediados de la década de 1980. La *glasnost* y la *perestroika* hicieron que el carruaje quedara fuera de control, a pesar de los esfuerzos de Gorbachov, mientras que la etapa poscomunista del viaje ha resultado aún más agitada con Yeltsin y Putin a las riendas. Los trastornos no han terminado. La única esperanza es que los cocheros empiecen a preguntar a los pasajeros por la ruta que deben tomar.

Bibliografía

Bushkovitch, P. (2013). *Historia de Rusia*. Madrid: AKAL.

Gutiérrez del Cid, A.T. (2016). *El regreso de la geopolítica Rusia y la reconfiguración del poder mundial*. Ciudad de México: UAM.

Hobsbawn, E. (2012). *Historia del siglo XX. 1914-1991*. Barcelona: Editorial Planeta.

Judt, T. (2016). *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*. Barcelona: Penguin Random House.

Matos Franco, R. (2017). *Historia mínima de Rusia*. Ciudad de México: Colegio de México.

Pacheco Méndez, G. (2011). *El diseño institucional de la URSS y su desintegración. Antecedentes geohistóricos y la dinámica del conflicto intraélites*. Revista "Espacialidades", julio-diciembre 2011, vol. 1, núm. 1.

Plokhy, S. (2015). *El último imperio. Los días finales de la Unión Soviética*. Madrid: Turner.

Service, R. (2017). *Historia de Rusia en el siglo XX*. Barcelona: Crítica.

Service, R. (2005). *Rusia, experimento con un pueblo*. Madrid: Siglo XXI.

Taibo, C. (1994). *La disolución de URSS. Una introducción a la crisis terminal del sistema soviético*. Barcelona: Editorial Ronsel.

Taibo, C. (2017). *La Rusia contemporánea y el mundo. Entre la rusofobia y la rusofilia*. Madrid: Catarata.

Zorgbibe, Ch. (2005). *Historia de las relaciones internacionales. Del sistema de Yalta a nuestros días*. Madrid: Alianza Editorial.

Zubok, V. (2008). *Un imperio fallido. La Unión Soviética durante la Guerra Fría*. Barcelona: Crítica.